

III

LUIS FELIPE

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano afortunada; pegan firme, y escogen bien. Aun incompletas, aun bastardeadas y prematuras, aun sofocadas y reducidas al estado de revolución menor de edad, como la revolución de 1830, les queda casi siempre bastante lucidez providencial para que no puedan caer mal. Su eclipse no es nunca una abdicación.

Sin embargo, no nos gloriemos demasiado; las revoluciones se engañan también, y se han visto graves equivocaciones.

Volvamos á 1830. Este año tuvo acierto en su extravío. En el establecimiento que se llamó orden después de la revolución, detenida muy pronto, el rey valía más que el realismo: Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo de un hombre á quien la historia juzgará seguramente con circunstancias atenuantes, pero tan digno de aprecio como su padre de censura, tenía todas las virtudes privadas y algunas públicas; era cuidadoso de su salud, de sus bienes, de su persona, de sus negocios, conociendo el valor de un minuto y no siempre el de un año; sobrio, sereno, pacífico,

sufrido; buen hombre y buen príncipe. Dormía con su mujer, y tenía en su palacio lacayos encargados de enseñar el lecho conyugal á los ciudadanos; había alhajado su alcoba con un lujo regular, útil después de la antigua ostentación ilegítima de la rama mayor: sabía todas las lenguas de Europa, y lo que es más notable, sabía y hablaba el idioma de todos los intereses. Admirable representante de la «clase media,» pero siempre superior á ella, y más avanzado que ella, tenía el singular talento, sin dejar de apreciar la sangre de su familia, de medirse por su valor intrínseco; y en cuanto á la cuestión de raza, hacerse Orleáns y no Borbón; primer príncipe de la sangre mientras no había sido más que alteza serenísima; pero franco ciudadano el día en que fué majestad; difuso en público, conciso en la intimidad; acusado de avaricia, pero sin pruebas; y en realidad, hombre económico, fácilmente pródigo respecto de su fantasía ó de su deber; literato, y poco sensible á las letras; noble, y no caballeresco; sencillo, tranquilo y fuerte; adorado de su familia y de su casa; conversador lleno de seducción; hombre de Estado desengañado; frío interiormente, dominado por el interés inmediato; incapaz de rencor ni de agradecimiento; empleando sin piedad los talentos superiores sobre los medianos; muy hábil en vencer, por medio de las mayorías parlamentarias, esas unanimidades misteriosas que gruñen sordamente bajo los tronos; expansivo, y algunas veces imprudente en su expansión, pero de una maravillosa destreza en su imprudencia; fértil en expedientes, en fisonomías, en máscaras; metiendo miedo á la Francia con la Europa, y á la Europa con la Francia; amante seguramente de su país, pero mucho más de su familia; apreciando más la dominación que la autoridad, y la autoridad más que la dignidad; disposición que tiene algo de

funesta, porque dirigiéndolo todo exclusivamente al éxito, admite la astucia, y no repudia absolutamente la bajeza, pero que tiene también algo de útil, porque preserva á la política de los choques violentos, al Estado de los rompimientos, y á la sociedad de las catástrofes; minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; contradiciéndose alguna vez, y desdiciéndose; arrogante contra el Austria en Ancona; tenaz contra Inglaterra en España; bombardeando á Amberes, y pagando á Pritchard; cantando con convicción la Marsellesa; inaccesible al abatimiento, al cansancio, al gusto de lo bello y de lo ideal, á las generosidades temerarias, á la utopia, á la quimera, á la cólera, á la vanidad, al temor. Tenía todas las formas de la intrepidez personal; como general en Valmy, como soldado en Jemmapes, probado ocho veces por el regicidio, y siempre con la sonrisa en los labios; valiente como un granadero, animoso como un pensador; inquieto solamente ante la suerte de una conmoción europea, é impropio para las grandes aventuras políticas; siempre dispuesto á arriesgar su vida, pero nunca su obra; disfrazando su voluntad con la influencia, con objeto de ser obedecido más bien como inteligencia que como rey; dotado de observación, y no de adivinación; poco conocedor de los talentos, pero muy conocedor de los hombres, es decir; necesitando de ver para juzgar; buen juicio, pronto y penetrante, de cordura práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; echando mano siempre de su memoria, único punto de semejanza que tuvo con César, Alejandro y Napoleón. Sabía los hechos, los pormenores, las fechas, los nombres propios, é ignoraba las tendencias, las pasiones, los talentos no vulgares, las aspiraciones interiores, los levantamientos ocultos y oscuros de las almas; en una palabra, todo lo que podrían llamarse las co-

rrientes invisibles de las conciencias; aceptado por la superficie, pero algo discorde con la Francia interior; saliendo adelante con su habilidad, gobernando demasiado, y no reinando bastante, siendo su propio primer ministro; excelente para hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo á la inmensidad de las ideas; mezclando con una verdadera facultad creadora de la civilización, de orden y de organización un espíritu extraño de procedimientos y de sutileza; fundador y procurador de una dinastía; con algo de Carlomagno, y algo de curial; en suma, figura grande y original; príncipe que supo consolidar el poder, á pesar de la inquietud de la Francia, y adquirir fuerza, á pesar de los recelos de Europa. Luis Felipe será colocado entre los hombres eminentes de su siglo; y sería colocado entre los hombres de gobierno más ilustres de la historia, si hubiese amado la gloria y hubiese tenido el sentimiento de lo grande, del mismo modo que tenía el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe había sido de bella figura; y viejo ya, era gracioso: no siempre había sido bien acogido por la Francia, pero lo había sido por la multitud; agradaba porque tenía el don de la seducción. La majestad no le sentaba bien; era rey y no llevaba la corona; era anciano y no tenía el cabello blanco. Sus modales eran del antiguo régimen, y sus costumbres del moderno; mezcla del noble y del ciudadano que convenía á 1830. Luis Felipe era la transición reinante; había conservado la antigua pronunciación y la antigua ortografía que ponía al servicio de las opiniones modernas; era partidario de Polonia y de la Hungría, pero escribía *les polonois* y pronunciaba *les hongrais*. Llevaba el uniforme de la Guardia nacional como Carlos X, y el cordón de la Legión de Honor como Napoleón.

Iba poco á la iglesia, nunca á caza ni á la Ópera. Era incorruptible con los sacristanes, los perros y las bailarinas; lo cual era causa de alguna parte de su popularidad en la clase media. No tenía corte; salía con su paraguas bajo el brazo, y este paraguas ha sido por mucho tiempo parte de su aureola. Entendía un poco de albañilería, un poco de jardinería y un poco de medicina; sangraba á un postillón que se caía del caballo, y no iba nunca sin su lanceta, lo mismo que Enrique III sin su puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, único que ha derramado sangre para curar.

En el debe de la cuenta histórica contra Luis Felipe, tenemos que rebajar una partida; esta cuenta tiene tres columnas que dan cada una un total diferente; la que acusa al realismo, la que acusa al reinado y la que acusa al rey. El derecho democrático confiscado, el progreso mirado como un interés secundario, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecución militar de las insurrecciones, el motín pasado por las armas, la calle Trasnouain, los Consejos de guerra, la absorción del país real por el país legal, el gobierno de cuenta y mitad con trescientos mil privilegiados, son el hecho del realismo; la Bélgica rechazada, la Argelia duramente conquistada con más barbarie que civilización, lo mismo que la India por los ingleses, la falta de fe con Abdel-Kader, Bleye, la compra de Deutz, el pago de Pritchard, son hechos del reinado; la política más familiar que nacional, es el hecho del rey.

Como puede verse, hecho el descuento, el cargo del rey se disminuye.

Su gran falta fué ésta: haber sido modesto en nombre de la Francia. ¿De dónde proviene esta falta? Vamos á decirlo.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre, y esta

incubación de una familia que quiere hacerse dinastía tiene miedo de todo y no quiere aventurarse mucho; de aquí la timidez excesiva, importuna para un pueblo que tiene el 14 de julio en su tradición civil y un Austerlitz en su tradición militar.

Por lo demás, si prescindimos de los deberes públicos que exigen el primer lugar, la profunda ternura de Luis Felipe hacia su familia era merecida por la familia. Aquel grupo doméstico era admirable: las virtudes se hermanaban en él con el talento. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleáns, hacía escribir el nombre de su raza entre los artistas, como Carlos de Orleáns le hacía escribir entre los poetas; y había hecho de su alma un mármol al cual había llamado Juana de Arco. Dos de los hijos de Luis Felipe habían arrancado á Metternich este elogio demagógico: *Son jóvenes como se ven muy pocos, y príncipes como no se ve ninguno.*

Este es, sin disimular nada, pero sin agravar tampoco nada, el retrato verdadero de Luis Felipe.

La fortuna de Luis Felipe en 1830 consistió en ser el príncipe-Igualdad, en llevar en sí mismo la contradicción de la Restauración y de la Revolución, en poseer ese aspecto inquieto del revolucionario que se convierte en aspecto tranquilizador en el gobernante; nunca se presentó un hombre que se adaptase tan bien á un acontecimiento; entró uno en otro, y se hizo la encarnación. Luis Felipe es en 1830 hecho hombre. Además, tenía un gran precedente para el trono, el destierro. Había estado proscrito, errante, pobre: había vivido de su trabajo. En Suiza, aquel heredero de los dominios más ricos de Francia, había tenido que vender un caballo para comer; en Reichenau había dado lecciones de matemáticas, mientras su hermana Adelaida bordaba y cosía. Estos recuerdos, unidos á un rey, entusiasmaban á la

clase media. Había demolido con sus propias manos la última jaula de hierro del monte de San Miguel, construida por Luis XI, y utilizada por Luis XV; era compañero de Dumouriez, y amigo de Laffayette; había sido individuo del club de los jacobinos; Mirabeau le había dado golpecitos en el hombro; Dantón le había dicho: ¡Hola, joven! A los veinticuatro años, en 1793, siendo duque de Chartres, había asistido desde el fondo de una obscura tribuna de la Convención al proceso de Luis XVI, tan bien calificado con el nombre de *ese pobre tirano*.

La huella que en él había dejado la revolución era prodigiosa; su recuerdo era como una marca viva de aquellos grandes años, minuto por minuto. Un día, ante un testigo de quien nos es imposible dudar, rectificó de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea constituyente.

Luis Felipe fué un rey á la luz del día. En su reinado, la prensa fué libre, la tribuna libre, la conciencia y la palabra libres. Las leyes de septiembre eran lúcidas. Pero aun conociendo el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó su trono expuesto á la luz. La historia, al juzgarle, tendrá en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los hombres históricos que han salido ya de la escena, está hoy sujeto al juicio de la conciencia humana; su proceso está aún en primera instancia.

Aún no ha sonado para él la hora en que la historia habla con su acento venerable y libre; aún no ha llegado el momento de pronunciar sobre este rey el juicio definitivo; hasta el austero é ilustre historiador Luis Blanc ha modificado hoy su primer veredicto. Luis Felipe ha sido el elegido de estos dos semis que se llaman 221 y 1830, es decir, de un semi-parlamento y de una semi-revolución; y en todo

caso, desde el punto de vista superior en que debe colocarse la filosofía, no podríamos juzgarle aquí, como se ha podido descubrir en lo que hemos dicho, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto. A los ojos de lo absoluto, fuera de estos dos derechos, primero el del hombre, segundo el del pueblo, todo es usurpación. Pero hechas estas reservas, lo que podemos decir desde ahora es, que resumiendo, y de cualquier manera que se la considere, Luis Felipe, examinado en sí mismo y bajo el punto de vista de la bondad humana, será, sirviéndonos del lenguaje de la historia antigua, uno de los mejores príncipes que se han sentado en el trono.

¿Qué tiene, pues, contra sí? El trono. Quitad de Luis Felipe el rey, queda el hombre, y el hombre es bueno; bueno, algunas veces, hasta ser admirable. Con frecuencia, en medio de los más graves cuidados, después de un día de lucha contra toda la diplomacia del continente, volvía por la noche á su cuarto, y allí, abatido por el cansancio, rendido por el sueño, ¿qué hacía? Tomaba un legajo, y pasaba la noche revisando un proceso criminal, creyendo que era algo hacer frente á la Europa, pero que era aún más importante arrancar un hombre al verdugo. Disputaba con el ministro de Justicia; defendía paso á paso el terreno de la guillotina contra los fiscales generales, *esos charlatanes de la ley*, como él los llamaba. Algunas veces los legajos apilados cubrían su mesa; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar aquellas miserables cabezas condenadas. Un día decía al mismo testigo que hemos citado hace poco: *Esta noche he ganado siete*. En los primeros años de su reinado, estuvo como abolida la pena de muerte; y la elevación del cadalso fué como una violencia hecha al rey. Habiendo desaparecido la plaza

de Grève, en que se ajusticiaba en tiempo de la rama primogénita, se instituyó una Grève ciudadana, bajo el nombre de Barrera de Santiago; los «hombres prácticos» conocieron la necesidad de una guillotina casi legítima; y en esto fué donde obtuvo una de sus victorias Casimiro Perier, que representaba el lado estrecho de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba el lado liberal. Luis Felipe había anotado por su mano á Beccaria; y escribía después del atentado de Fieschi: *¡Qué lástima que yo no haya sido herido! Hubiera podido perdonar.* Otra vez, aludiendo á la resistencia de sus ministros, escribía, á propósito de un condenado político, que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo: *Su perdón está concedido; no me falta más que obtenerlo.* Luis Felipe era afable como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, en que la bondad es una perla rara, el que ha sido bueno pasa casi antes que el que ha sido grande.

Es muy natural que habiendo sido juzgado Luis Felipe severamente por unos, duramente tal vez por otros, un hombre que es hoy también un fantasma, y que ha conocido á ese rey, venga á declarar en su favor ante la historia; esta declaración, cualquiera que sea, es evidentemente y, sobre todo, desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participación de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza; y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: Esta ha adulado á aquella.

IV

GRIETAS EN LOS CIMIENTOS

En el momento en que el drama que vamos narrando va á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, no era conveniente ningún equívoco, y era necesario que este libro se explicase acerca de aquel rey.

Luis Felipe había adquirido la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del fin real de la revolución, pero en el cual el duque de Orleans no había tenido ninguna iniciativa personal. Había nacido príncipe, y se creía elegido rey. No se dió á sí mismo este poder; no le tomó; se le ofrecieron, y le aceptó; convencido, equivocadamente á nuestro juicio, pero convencido de todos modos, de que el ofrecimiento era con arreglo á derecho, y de que la aceptación era un deber. De aquí nació una posesión de buena fe. Ahora bien, digamos en conciencia, que estando Luis Felipe de buena fe en su posesión y la revolución de buena fe en su ataque, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no recae sobre el rey ni sobre la democracia. Un choque de principios se parece á un choque de